

Los primeros contactos lingüísticos de los españoles en Yucatán

FRANCESC LIGORRED

Licenciosa será la palabra, licenciosa
la boca.

Chilam Balam

Debo advertir que, dentro de mis estudios de la lengua y la cultura maya, es ésta la primera vez que viajo al siglo XVI; y querer ser viajero en un siglo plagado de viajes es peligroso. Aunque conozco mejor, y me interesan más, los mayas contemporáneos y su literatura oral actual¹ considero que, entre las tareas esenciales, para estudiar y enmarcar históricamente la lengua maya e inclusive los textos literarios coloniales y modernos, no debemos olvidar el conocimiento de los primeros contactos lingüísticos que los españoles tuvieron con los mayas de Yucatán en el siglo XVI.

En esta aventura lingüística, a la que muy bien podemos calificar de «transoceánica», participan, por un lado, los conquistadores y los frailes españoles y, por otro lado, el pueblo maya con sus sabios y sacerdotes.

En los escritos de los conquistadores no existe una gran preocupación histórica, y las descripciones se refieren a lo que ellos ven en el momento de contacto. Otras veces, el conquistador se preocupa más de relatar sus méritos personales a fin de ser premiado por la Corona. Esto no impide que algunas de sus obras, como las de Bernal Díaz del Castillo y de Gonzalo Fernández de

¹ Resultado de estas investigaciones es la tesis de licenciatura en lingüística presentada en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México) en agosto de 1985. Su título: «Consideraciones sobre la literatura oral de los mayas modernos». Debo agradecer aquí las valiosas indicaciones y datos bibliográficos que me proporcionó, para elaborar esta comunicación, el doctor Ramón Arzápalo, del Centro de Estudios Mayas (UNAM, México).

Oviedo, sean hoy fuentes valiosas para el entendimiento de la sociedad prehispánica y el proceso de Conquista.

Los frailes intentaron acercarse a las antiguas culturas pues sabían que ello era decisivo para conocer, de una manera más completa, las sociedades nativas; necesitaban la colaboración de los propios indígenas para poder elaborar vocabularios o diccionarios. Estos frailes cooperaban en la empresa colonizadora de la Corona, y servían a Dios y a la Iglesia Católica y Romana. El Evangelio tenía que transmitirse, aún fuera, en lengua maya.

Las profecías de los sacerdotes mayas habían anunciado la llegada de extranjeros, pero la presencia de los españoles sorprendió a los habitantes de la península de Yucatán. Ante la imposibilidad de que los mayas vencieran con las armas, se refugiaron en la lengua; la lengua maya sirvió para resguardar su pasado, sus conocimientos y sus creencias. Sucedería pues, que frente a la invasión y la imposición de los valores culturales y religiosos de los españoles, quienes llegaron a conocer y manejar con destreza la lengua maya coloquial e inclusive formal, se impusiera un lenguaje esotérico. Los españoles desconocían los principios de este lenguaje sacerdotal que probablemente reflejaba el alto grado de esoterismo alcanzado ya en la escritura jeroglífica.

En el año 1502 sucede el primer y repentino contacto de los españoles con los mayas peninsulares: «Los nombres *maya* y *suyem* fueron las primeras voces que penetraron en la historia, mucho antes del descubrimiento de Yucatán. Cuando Cristóbal Colón en su cuarto viaje llegó el 30 de julio de 1502 a la vista de la Isla Guanaja en el Golfo de Honduras, envió a su hermano Bartolomé a reconocer a ésta y a tomar posesión de ella con dos canoas. Yendo don Bartolomé a cumplir las órdenes del Almirante vio venir del lado de occidente una canoa grande que parecía dirigirse a la isla. Intrigado y queriendo saber cuál era, la esperó y rodeó, apresándola. Sorprendióse al hallarla ocupada por gente vestida de algodón, que creyó seda, hombres y mujeres conduciendo mercancías, entre las cuales había mantas, hachas de cobre, objetos de alfarería y cacao. Y supo así que aquella gente civilizada venía 'de una cierta provintia chiamata maiam' y que sus capas se llamaban *suyem*, según escribió en Informe publicado por Harisse, en 1866. Después de admirados por el mismo almirante, fueron dejados en libertad aquellos hombres que no eran otros sino mayas que venían de la península (Informatione de Bartolomeo Colombo)» (Barrera, 1949: 217).

De los primeros contactos lingüísticos que los españoles tuvieron con los mayas dos vocablos han merecido, en especial, estudios y discusiones. Se trata precisamente de los nombres *maya* y *yucatán*.

Parece que el territorio peninsular era designado antiguamente por los naturales con el nombre de *Mayab* o *Maya*. Este nombre tiene dos morfemas: la negación *maa* (no), y el morfema *yaab* que significa mucho, abundante. *Mayab* sería no mucho(s), «los escogidos». La supresión del sonido oclusivo, labial, sonoro, *b*, al final de palabra, se produce por influencia del español.

El nombre *Yucatán* ofrece muchas dudas en cuanto a su origen y a su significado. No sabemos si *Yucatán*, nombre con el cual hoy conocemos la península, es antiguo o moderno; es decir, si existía o no antes de la Conquista. Crescencio Carrillo y Ancona nos ofrece un minucioso «estudio filológico» del nombre de *Yucatán*. «Dícese que cuando el descubridor Hernández de Córdoba llegó a las costas de Yucatán, preguntó a los naturales cómo se llamaba la tierra, y que sonando el lenguaje español como una pronunciación muy rápida al oído de los indios, éstos lo manifestaron así con estas palabras de su idioma: *Tetec dtan*. Y con estas otras: *Ma t natic a dtan*: esto es, Habláis con mucha rapidez, no comprendemos vuestro lenguaje. Y los españoles tomando la respuesta como el nombre del país que acababan de descubrir, se afanaban por repetirla, aunque adulterándola por la dificultad que encontraban en pronunciarla con exactitud, proviniendo de ahí que dijera *Yucatán*, como si fuese ése el nombre que buscaban» (Carrillo, 1890: 34). El mismo Carrillo y Ancona, al concluir su estudio, afirma que el nombre *Yucatán* significa «La perla o gargantilla de nuestra esposa», retando, a quien quiera, a que traduzca bien de otro modo. Pero no voy a realizar un análisis de las distintas formas gramaticales de las cuales, otros autores de ayer y de hoy, han derivado el nombre *Yucatán*.

Sí me parece importante observar la coincidencia de significados que tiene un morfema de cada una de estas dos palabras. *May* significa pezuña, pie o pata con casco, y también era el nombre ritual del venado. En los Chilames encontramos *Maycu* «Venado-Tecolote», y *Mayapan* «Estandarte-Venado». Barrera Vásquez reconoce la dificultad de interpretación que ofrece el elemento *may* formativo de *Maya*, y señala que «el nombre *maya* podría significar, por otra parte, Venado-agua, es decir, Venado del agua, ya que *-a* en los nombres mayas siempre se refiere al líquido» (1978:

168). Pienso, a modo de hipótesis, que el sufijo *-a* pudiera introducirse luego de la llegada de los españoles, tomando un valor locativo el sustantivo que le precede. Esto permitiría traducir el nombre *maya* por «la tierra del venado».

Veamos ahora la coincidencia de significado en el nombre Yucatán. *Yuc* es cabra, chivo, cervatillo, o venado. Por otra parte *atan* es mujer casada, esposa. La mujer, como la tierra, es símbolo de fertilidad. Podríamos traducir, en este caso, *Yucatán* por «la tierra del venado».

Aunque es aventurado creer que se trata de sinónimos al hablar de los nombres *Yucatán* y *Maya*, vale la pena recordar que si los mayas se refugieron en un lenguaje esotérico a fin de preservar sus tradiciones es evidente que debieron hacer uso de procedimientos estilísticos y recursos literarios (del tipo de la metáfora y el difrasismo). Estudiar la estructura inmanente del lenguaje empleado en los documentos del siglo *xvi* podría dar respuesta a estas discusiones, hasta hoy, cuestionables. El hecho de que las palabras mayas sufrieran graves adulteraciones en los primeros años de la Conquista dificulta, todavía más, este tipo de análisis.

Regresando al fugaz encuentro de los españoles con los mayas peninsulares, en el año 1502, Hernando Colón, puntualiza lo siguiente: «Y no detuvo consigo sino a un viejo, llamado *Yumbé*, al parecer de mayor autoridad y prudencia, para informarse de las cosas de la tierra, y para que animase a los indios a platicar con los cristianos; lo que hizo pronta y fielmente todo el tiempo que anduvimos por donde se entendía su lengua. Por lo que en premio y recompensa de esto, cuando llegamos a donde no podía ser entendido, el Almirante le dio algunas cosas y lo envió a su tierra muy contento» (1984: 295).

La traducción correcta de *Yum Be* sería «El-Señor-Camino», y no cabe duda que ese viejo inteligente, llamado *Yumbé*, era el guía de los viajeros-comerciantes mayas². La incomprendibilidad lingüística entre Colón y *Yum Be* quizás impidió que los españoles pudieran conocer, en esta ocasión, las ciudades mayas peninsulares; lo cierto es que, con el guía *Yum Be* a bordo, Colón siguió alejándose de las costas yucatecas.

En 1511 una carabela de la expedición a cargo del capitán Valdivia encalla, en el bajo de los Alacranes, y 10 náufragos logran

² Podría tratarse de un grupo de putunes, considerados los fenicios del Nuevo Mundo.

llegar a las costas de Yucatán. Fueron estos españoles los primeros que vieron templos, guerreros finamente ataviados, y señores mayas. Valdivia es sacrificado y otros mueren por enfermedad, quedando sólo dos hombres vivos: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero. El primero se resigna a servir como esclavo a los mayas. Gonzalo Guerrero inicia el mestizaje al casarse con la hija de un señor maya, y debió tener un buen dominio de la lengua maya pues llegó a ocupar cargos de poder. Jerónimo de Aguilar, ocho años más tarde, prestó una ayuda invaluable a Cortés en la empresa de Conquista.

Luego del encuentro de Colón con los mayas, y las aventuras de los naufragos de Valdivia, empiezan las expediciones a la Península de Yucatán.

En el año 1517 Francisco Hernández de Córdoba descubre aquella tierra, y «el primer nombre geográfico a que dio origen una expresión maya fue Cabo Catoche. El nombre nació de la invitación que los indios hicieron a Hernández de Córdoba para bajar a tierra diciéndole *ko'neex kotoch*, 'vamos a nuestras casas', el día 5 de mayo de 1517, frente al cabo» (Barrera, 1949: 217). Fue precisamente en esta expedición que los españoles apresaron a dos mayas, Julián y Melchor, que más tarde serían los primeros traductores (o lenguas) de los conquistadores de México.

En 1518 el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, elige como capitán de la segunda expedición a la Península a Juan de Grijalva. En esta ocasión también viaja Francisco Montejo, el Adelantado. Avanzan hasta las costas de Veracruz y Julianillo explica a los españoles que los indios de la zona hablan la lengua náhuatl, desconocida para él.

Una tercera expedición, capitaneada por Hernán Cortés, llega a las costas de Yucatán el año 1519 y halla en la isla de Cozumel edificios de piedra para los ídolos. Cortés habló a los mayas con la ayuda de Julianillo y Melchorejo. Probablemente fue en este viaje cuando los españoles pudieron presenciar alguna representación ceremonial en los templos mayas, pues a partir de este momento se introduce la voz maya *ku* en el lenguaje de los conquistadores. El morfema maya pierde la glotalización al pasar al español y se transforma en *cu*; para el plural se le añade el sufijo español *-es*, dando la forma *cúes*. Con esta palabra se iban a designar, desde entonces, todos los templos indígenas de la Nueva España.

Los traductores, lenguas, intérpretes o farautes, contribuyeron de manera decisiva en todo el proceso de Conquista. Cortés consigue, con fortuna, rescatar a Jerónimo de Aguilar y unirlo a su expedición. «La lengua maya —dice Barrera Vásquez— tuvo gran importancia en la Conquista desde el momento en que sirvió de puente lingüístico para las hazañas de Cortés, gracias a que la Malinche hablaba el nahua y el maya y Jerónimo de Aguilar el español y el maya. Cortés hablaba a éste en español, quien traducía al maya para que la Malinche a su vez hiciera la versión nahua y viceversa» (1949: 218).

Con Francisco Montejo se inicia, en 1527, la conquista de Yucatán, que concluirá diecinueve años más tarde. Acompaña al Adelantado, en este primer intento de colonización, el capitán Pedro de Añasco. Es Gonzalo Fernández de Oviedo, «primer cronista del Nuevo Mundo», quien nos relata la forma como este capitán aprendió la lengua maya: «Por manera que estando (Montejo) en la necesidad que dicha, siguióse que no llevando ni teniendo lengua, quiso Dios que un cavallero de su compañía, llamado Pedro de Añasco, natural de Sevilla, aprendió la lengua en muy poco tiempo, é fué desta manera: que platicando un día con un indio, sin se entender el uno al otro, el indio le dixo: *machucava* (que quiere decir cómo se llama esto?); y el Añasco no le entendió, é tornó por respuesta á decir *machucava*, señalando una cosa, y el indio le dixo el nombre de aquella é de otras, diciendo él *machucava*. E por sola esta palabra alcançó é supo la lengua toda, é con la continuación della se hizo gentil intérprete: lo qual fué mucho remedio para los chripstianos, que quedaban» (Fernández, 1853: 226).

Se nos presenta aquí un interesante problema de transcripción. El cronista transcribe *machucava* en una sola palabra cuando, en realidad, se trata de tres morfemas: el interrogativo cómo, la forma pronominal de tercera persona, y un sustantivo que se refiere al nombre de cualquier cosa. Este tipo de error es un buen ejemplo de los problemas que debió causar a los españoles la naturaleza monosilábica de los morfemas mayas. Conviene advertir, pues, la alta frecuencia de vocablos de tipo monosilábico (*Yuc, May, Al, Kin, ...*) a fin de poder dar una traducción correcta de las primeras palabras mayas registradas por los españoles.

El mismo Oviedo, unas páginas más adelante de su Historia, escribe que los indios llamaban al capitán Añasco *Alquin*, «que quiere decir hijo del sol, porque en aquella lengua *al* quiere decir

hijo, é *quin* llaman al sol» (1853: 227). El cronista explica, en detalle, el nombre *Al Kin* quizás porque los propios mayas se esforzaron en marcar la diferencia entre *Al Kin* «Hijo-del-sol» o «Hijo-del-día», y el gran *Ah Kin* «Sacerdote-del-culto-solar» (o el —hacedor— del día). Reservaban así la partícula *Ah* exclusivamente para las deidades mayas.

La inquietud intelectual que mostraron los primeros frailes franciscanos por los indígenas y sus tradiciones los convierte en precursores de los estudios de la lengua maya.

Mario Hernández en su Introducción a las Cartas de Relación de Cortés, señala lo siguiente: «Existe, también, una considerable incomunicación por la mutua ignorancia lingüística, que hizo preciso utilizar, primero, el lenguaje internacional de la mímica, luego la utilización de intérpretes o lenguas y, por fin, la plena comunicación a través de la enseñanza, la catequesis o la evangelización» (1985: 8).

El «protolingüista maya», según palabras de Carrillo y Ancona, fue Fray Luis de Villalpando que llegó el año 1546 a Yucatán acompañado de otros frailes. Villalpando estudió la lengua maya y escribió, además de un Arte y un Vocabulario de la lengua maya, una doctrina cristiana en idioma yucateco. El padre Villalpando «puso mucho cuidado, dice López Cogolludo, en aprender de memoria muchas voces y significados; consideró las variaciones de los nombres y verbos; halló a éstos su forma de conjugación al modo de la que tenemos en la latinidad, y a aquéllos sus declinaciones, con que en brevísimo tiempo redujo el idioma de estos indios a reglas ciertísimas y ordenó esto para aprenderla, hablando con gran propiedad y facilitando su inteligencia con él a otros compañeros, a quienes se le enseñó, y se halló apto para predicar él mismo a los indios, traduciéndoles en su idioma las oraciones cristianas. Fue gran motivo esto para su conversión, porque se persuadieron ser cosa más que humana, que en tan corto tiempo hablase lengua tan extraña con tanta perfección, que podía ya ser maestro suyo, declarándoles sus frases más difíciles, y consumó su admiración cuando le vieron por escrito declarara tan fácilmente cuanto era necesario, porque esto sólo lo sabían sus sacerdotes y reyezuelos. Con esto, se dispusieron a recibir la Santa doctrina que les enseñaba» (Carrillo, 1890: 41).

Los frailes sabían que el conocimiento de la lengua maya era un instrumento eficaz para «educar» a los indígenas, pues sólo así aceptarían lo que sus mismos sacerdotes les habían profetiza-

do: «Cambios y recambios de padres, cambios y recambios de madres, por exigencias de Hunab Ku, Deidad-única» (Barrera, 1978: 81).

Fray Juan de Herrera fundó en el año 1546 la primera escuela para niños mayas en Mérida, donde éstos aprendían a leer y a escribir la lengua maya con el alfabeto latino. Otros maestros y autores que contribuyeron, en el siglo XVI, a los estudios lingüísticos son: Fray Juan de la Torre que fue preceptor de la lengua maya, en Izamal, y se la enseñó a Fray Alonso de Solana. Este último es el autor de un «Vocabulario muy copioso en lengua Española e Maya de Yucatán». Pero el trabajo lingüístico más importante, ya en las postrimerías del siglo XVI, se lo debemos a Fray Antonio de Ciudad Real, autor del gran Diccionario de Motul o Calepino Maya de Motul, como ha sido titulado en una reciente edición de René Acuña. Esta obra fundamental para los estudios de lengua maya la comenzó Ciudad Real antes de 1584, y la concluyó después de 1606. Acuña, en la Introducción a la edición facsimilar, se refiere a las cualidades del autor: «El orden alfabético riguroso que preside las entradas, y la claridad de su letra, revelan su espíritu de trabajo, su metódica pulcritud y tenacidad. El tamaño de las hojas, y proporcionalmente el de la letra, dan testimonio de su espíritu de pobreza y de su poco ordinario sentido práctico. El hecho de que la obra sea singular en su género: el primero y único calepino maya de aquella época, pone de manifiesto su espíritu innovador, pionero de ideas nuevas. Pero, al mismo tiempo, conservadora y profundamente religioso, curtido en la labor catequética. En general, la obra está saturada de enseñanzas y de reflexiones morales, pero ella misma no está destinada *ad usum indorum*: mientras, por una parte, señala los términos 'poco honestos' del maya, por otra, evita traducirlos al español. Los traduce al latín» (1984: XXXI).

Un hecho decisivo para la historia de Yucatán sucede en la población de Maní, en 1562. En este año, Fray Francisco Toral, primer Obispo de Yucatán, don Diego Quijada, Alcalde Mayor, y el franciscano Fray Diego de Landa, provincial de Yucatán y Guatemala, participan en el famoso Auto de Fe de Maní, en donde fueron destruidos antiguos códices y sacrificados bastantes indios. Los Chilames recuerdan este suceso triste, que ya habían profetizado los sacerdotes mayas, con el nombre de Colgamiento: «Será entonces cuando sean ahorcados los Halach Uiniques, Jefes, los Ahaues, Señores-príncipes, los Bobates Profetas, los Ah Kines,

Sacerdotes-del-culto-solar, de los hombres y de los pueblos mayas. Perdida será la ciencia, perdida será la sabiduría verdadera» (Barrera, 1978: 72). Con la pérdida del signo jeroglífico y «la enseñanza que está detrás de él» quedaba demostrado, una vez más, el impacto compulsivo de las profecías mayas. Villa Rojas, en un estudio reciente, escribe: «Era de tal modo compulsivo lo que decían las profecías katúnicas que, en ocasiones, lograban alterar el curso de la historia por apegarse a ellas» (1984: 1). Este tipo de predicciones parecerían indicar que la resistencia maya empezó antes de la llegada de los españoles.

A pesar de que Fray Diego de Landa, como dice Garibay, se excedió, en el año 1567 diez caciques mayas envían una carta a Felipe II solicitando el regreso de éste y otros frailes franciscanos, que ya conocían Yucatán, alegando que ellos «verdaderamente sabían nuestra lengua». Landa, que hablaba y predicaba en lengua maya, reconoce la importancia del Auto de Fe³, y parece decidido a realizar un esfuerzo para rescatar las antiguas tradiciones. En su *Relación*, redactada allá por el 1566, describe el calendario maya y se dedica a explicar la escritura jeroglífica; ofrece también bastantes datos de la geografía, la fauna y la flora peninsular.

Es interesante recordar, en nuestro caso, que la obra de Landa contiene valiosa información acerca de los contactos lingüísticos que los españoles tuvieron con los mayas en el siglo XVI. Más de cien voces mayas, muchas de ellas acompañadas de un exhaustivo estudio de su significado, nos ofrecen un corpus (o vocabulario) representativo de léxico colonial. Se atribuye a una Doctrina Cristiana, compuesta por Fray Diego de Landa, ser el primer libro en maya publicado.

Una vez destruida la glífica los escritores indígenas, posteriores a la Conquista, sufren la influencia de la educación católica y no dudan en aprovechar sus conocimientos del alfabeto latino. En sus primeras obras, conscientes de ser los herederos de una gran cultura, narran la historia de los antiguos reinos y de sus dinastías de gobernantes, mostrando la existencia de una sociedad civil compleja antes de la llegada de los conquistadores. Los mayas pretenden conservar sus tradiciones pero también legitimar sus derechos y dominios.

³ «Hallámosles —dice Landa— gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena» (1982: 105).

«La primera obra que escribieron los indios yucatecos en el siglo mismo de la conquista, usando por primera vez los caracteres alfabéticos, fue un gran Vocabulario Histórico que, no habiéndose nunca llegado a imprimir, parece que se ha perdido por completo. Conservábase todavía a mediados del siglo XVII, época en que Fray Diego López de Cogolludo se hallaba en la Península, pues le vio y aún le sirvió para componer su Historia como se ve por estas palabras que se leen en el cap. V, del lib. IV, con motivo de hablar aquel autor del nombre que los antiguos mayas daban a un Dios único e incorpóreo: 'A éste, dice, llamaban Hunab-Kú, como se halla en su Vocabulario grande, que comienza con nuestro castellano'. No es esto sólo. Después de convertidos a la religión, los indios yucatecos quisieron escribir la Historia tradicional de la creación del mundo según la tenían en su paganismo, haciendo así una especie de Biblia maya. Digamos el testimonio del historiador: 'Tenían fábulas, dice, muy perjudiciales, de la creación del mundo, y algunos (después que supieron), las hicieron escribir, y guardaban, aun ya cristianos bautizados, y las leían en sus juntas' (Cogolludo, *Hist. de Yuc.*, lib. IV, cap. III)» (Carrillo, 1937: 5).

Los conocidos libros de *Chilam Balam* llenarán, a partir del siglo XVI, el largo capítulo de la literatura maya colonial. Su origen americano está basado en la escritura jeroglífica y la literatura oral de la época prehispánica; los *Chilames* están seriamente adulterados por la influencia de los almanaques cristianos de la época colonial. Su contenido refleja y sufre el contacto mismo del momento histórico en que fueron escritos, es decir, lo indígena y lo español aparecen alternativamente en estos materiales; transcribir un pasado y asentar un presente, tal es la esencia de la literatura colonial contenida en los libros de *Chilam Balam*.

En el año de 1541, Tutul Xiú, rey de Maní, celebra una alianza con los españoles a fin de evitar una esclavitud irremediable para los mayas. Su nieto, entonces un niño, de nombre H Chi Xiu, quizás presencié la escena. Este niño fue años más tarde el noble indio Gaspar Antonio Xiu, célebre escritor que obtuvo, el año 1599, el empleo de intérprete real. Educado por Fray Juan de Herrera y otros misioneros aprendió a leer y a escribir, con caracteres latinos, no sólo la lengua maya sino también el castellano y el latín. Fue maestro de Pedro Sánchez de Aguilar. Es probable que la mayoría de los documentos de tierras, escritos en lengua maya, sean obra de Gaspar Antonio Xiu. Recordemos que escribió, en

español, una obra titulada *Relación sobre las costumbres de los indios* (1582), utilizada por el historiador López de Cogolludo en varias ocasiones. Es autor de un «Vocabulario de la lengua maya» que hoy está perdido.

La etnografía sincrónica que practicaron los conquistadores y la prolongada reconquista que alumbró a los frailes hizo reflexionar a los señores y a los sacerdotes mayas, y éstos se refugiaron en un lenguaje de silencios y de palabras incomprensibles para los extranjeros. Gonzalo Fernández de Oviedo relata lo que le sucedió a Francisco Montejo cuando llegó a un pueblo mayor llamado *Loche*. «El cacique de allí es grand señor, e hiço tan poco caso del adelantado é de los chripstianos, é mostróse tan grave con ellos, que por desprecio se estuvo quedo en su casa y echado en su hamaca, é nunca habló tres palabras: é sus principales que por torno dél estaban, hablaban por él, á causa de lo qual el adelantado llamó aquella población el pueblo de la Gravedad. E quando alguna palabra el caçique deçia, encontinentemente que començaba á hablar ponian luego delante entre él y el adelantado una manta muy delgada, é teníanla tendida en el ayre, tomándola dos de aquellos indios, sus mas açeptos é çercanos á el, por las dos puntas alçadas, é las otras dos caydas, assi que servia de cortina; e puesta de esta forma, deçia algunas pocas palabras» (1853: 231).

Esta manta muy delgada que separaba las palabras y las bocas de Francisco Montejo y del cacique de Loche, en el siglo XVI, es lo que, al principiar esta discusión, llamé aventura lingüística transoceánica. Un puente lingüístico permitiría, a casi quinientos años de contacto, aproximar España y América, pues una cultura debe temer siempre a los espejos pero nunca a una frágil cortina que invita al diálogo y a la intimidad.

BIBLIOGRAFÍA

BARRERA VÁSQUEZ, Alfredo:

1949 Noticias acerca de la Historia de la Investigación de la Lengua Maya de Yucatán, en *México Antiguo*, tomo VII (diciembre), páginas 217-237, México.

1978 *El libro de los Libros de Chilam Balam*, F.C.E., 5.ª ed., Colección Popular núm. 42, México.

1980 *Diccionario Maya Cordemex*, Ediciones Cordemex, Mérida, Yucatán.

CARRILLO Y ANCONA, Crescencio:

1890 *Estudio filológico sobre el nombre de América y el de Yucatán*, Imprenta Mercantil, Mérida, Yucatán.

- 1937 *Disertación sobre la historia de la lengua maya o yucateca*, 4.^a ed., imprenta del editor (José E. Rosado), Mérida, Yucatán.
- CIUDAD REAL, Antonio de:
 1984 *Calepino Maya de Motul* (tomos I y II), edición de René Acuña, UNAM, I.I.F., Gramáticas y diccionarios: 2, México.
- COLÓN, Hernando:
 1984 *Historia del Almirante*, edición de Luis Arranz, Historia 16, Crónicas de América, Madrid.
- CORTÉS, Hernán:
 1985 *Cartas de relación*, edición de Mario Hernández, Historia 16, Crónicas de América 10, Madrid.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal:
 1984 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Miguel León-Portilla, Historia 16, Crónicas de América 2a y 2b, Madrid.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo:
 1853 *Historia general y natural de las Indias*, islas y Tierra-Firme del Mar Océano, Imprenta de la Real Academia de la Historia (tomo II de la II parte, 3.^o de la obra), Madrid.
- LANDA, Fray Diego de:
 1982 *Relación de las cosas de Yucatán*, Ed. Porrúa, 12 ed., México.
- LIGORRED, Francisco:
 1985 *Consideraciones sobre la literatura oral de los mayas modernos* (tesis de licenciatura en lingüística), Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- PÉREZ, Juan Pío:
 1866-1877 *Diccionario de la lengua maya*, Imprenta Literaria de Juan F. Molina Solís, Mérida, Yucatán.
- VILLA ROJAS, Alfonso:
 1984 *El impacto compulsivo de las profecías de Chilam Balam*, UNAM, I.I.A. (MS), México.